

Novedades

03/08/2023

Política

A 40 años de la Alianza Democrática

02/08/2023

Política

Discurso en el encuentro "40 años de la Alianza Democrática"

01/08/2023

Política

Discurso en el encuentro "40 años de la Alianza Democrática"

20/07/2023

Política

¿Qué es la derecha radical? Algunas aproximaciones en el contexto del ascenso del Partido Republicano en Chile

18/07/2023

Política

Análisis de la Comisión Engel desde la óptica de los principios de probidad y transparencia (Parte 2)

11/07/2023

Política

Probidad y transparencia en los partidos políticos (Parte 1)

Acerca de

Este informe ha sido revisado por el Consejo Editorial de Asuntos Públicos. El contenido no representa necesariamente la opinión del Centro de Estudios del Desarrollo, CED.

©2023 asuntospublicos.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe N°1451

Política

03/08/2023

A 40 años de la Alianza Democrática¹

Juan Gabriel Valdés Soublette²

Agradezco mucho la invitación a este acto en el que se conmemoran 40 años de la Alianza Democrática y se recuerda la figura de Gabriel Valdés, nuestro padre, quien tanto hizo para que ella fuera posible. Es un aniversario necesario de recordar hoy, por cuanto la Alianza significó a la vez la firmeza de los principios democráticos, la convicción que el diálogo es la única forma de introducir cambios en la sociedad y la voluntad de construir mayorías sociales y políticas basadas en la participación de la ciudadanía.

Pero esa Alianza, fundada entre estas mismas paredes en 1983, reflejó una idea política de Chile que fue esencial para la derrota de la dictadura en el plebiscito de 1988 y para la construcción luego de la Concertación de partidos por la democracia, la coalición política más exitosa de la historia del país.

Esa idea fue que la convergencia del humanismo cristiano y del humanismo socialista y laico, reflejada en la unidad de un conjunto de partidos grandes y pequeños que los representaban, era la única plataforma para construir una mayoría política y social capaz, no solo de movilizar al país hacia una transición democrática, sino de gobernarlo posteriormente en democracia.

En el desierto político que produjo el golpe militar de 1973, el primero en liderar esa idea y combatir por ella fue Gabriel Valdés. No la declamó como un principio abstracto o como una voluntad ideológica, sino como una práctica de diálogo de los demócratas cristianos con la izquierda chilena, con aquella realmente existente, que eran por entonces, los dirigentes de una izquierda derrotada y expulsada de Chile. Se acercó a ella porque consideró desde un inicio el golpe militar como un crimen en la historia de Chile y fue, por lo tanto, ante todo, solidario. Permitió con ello el inicio de un diálogo que estuvo siempre basado en la premisa que la recuperación democrática del país dependía de la convergencia del mundo demócrata cristiano y el de la izquierda. Lo pudo hacer porque no estaba marcado por los odios acumulados, porque no perdió nunca de vista lo esencial, porque no tenía culpas que redimir y porque su manera de ser generosa y abierta, así se lo dictaba.

¹ Carta enviada por el autor y leída por María Gracia Valdés en el encuentro "40 Años de la Alianza Democrática: Diálogo, Unidad y Construcción Democrática en Chile", realizado en el Círculo Español el viernes 7 de julio de 2023. Este acto fue organizado por el Centro de Estudios del Desarrollo (CED) y la Embajada de España en Chile.

² Embajador de Chile en Estados Unidos. Ex Ministro de Relaciones Exteriores.

No es mi intención ingresar en un análisis político de la época o una polémica sobre las ideas de entonces. Solo quisiera dar testimonio personal de cuán central fue esta actitud y esta idea en la reflexión y la práctica política de mi padre en los años que siguieron al golpe, en una suerte de “prehistoria” de la Alianza Democrática.

Vivíamos por entonces los dos en Estados Unidos, él en Nueva York como Director del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo y yo como estudiante de post grado en una universidad cercana a esa ciudad. Hablábamos diariamente por teléfono y pasábamos algunos fines semana en familia. Cuando mi padre se trasladó a una casa en Larchmont, cerca de Nueva York, nos reuníamos a menudo -Carmen Frei lo recordará bien- con Eugenio Ortega, su marido y con ella, con Patricio Silva y su señora Alicia, los más cercanos amigos y colegas de mi padre. Se hablaba interminablemente de Chile, al que veíamos con dolor sumido en la oscuridad de esos primeros años en dictadura, -y en cada una de esas conversaciones-, aparecía inevitablemente la pregunta de cómo podría llegar a realizarse una convergencia entre el mundo demócrata cristiano y el mundo socialista, tan contrapuestos y distantes, tan profundamente divididos por el período de la Unidad Popular.

Por lo pronto, la directiva demócrata cristiana en Chile rechazaba cualquier contacto con la ex Unidad Popular: las cartas de esa época entre Patricio Aylwin y mi padre dan suficiente fe de aquello. Y la izquierda en el exilio recién comenzaba a reflexionar su camino de autocritica y renovación mientras muchos de sus militantes hacían a la democracia cristiana culpable del golpe.

Cuando recuerdo el clima político de entonces me digo que se requería de mucha fe en la capacidad transformadora del diálogo para insistir en una convergencia de la DC y las izquierdas socialistas. Esa fe, mi padre la tenía en abundancia. Y sabía además que era lo que debía hacer. Como director desde 1970 de un programa importante de las Naciones Unidas, apoyó después del golpe a instituciones en Chile como Cieplan y Flacso, fortaleció a otras dependientes de Naciones Unidas en el país, como la Cepal, Prealc y Clacso; ayudó a la salida de intelectuales y exilados desde Chile, así como también de Argentina y de Bolivia. Por último, en cada uno de sus múltiples viajes por la región, encontró en largas charlas a los dirigentes chilenos en el exilio. De entonces datan sus conversaciones con Orlando Letelier en Estados Unidos y con Ricardo Lagos en Buenos Aires, con Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda en Europa, con Hugo Miranda y Anselmo Sule en México.

Y por supuesto con los amigos de su partido en el exilio, porque en estos esfuerzos no estaba solo. Bernardo Leighton, Renán Fuentealba, Radomiro Tomic, Claudio Huepe, Esteban Tomic y Mariano Fernández ubicados en distintas partes del mundo, y sus amigos en Nueva York, Eugenio, Carmen, Patricio y más tarde Carlos Eduardo Mena contribuían de distintas maneras a su reflexión y a sus iniciativas.

En 1975 participó en la famosa reunión de Colonia Tovar en Venezuela, en la que por primera vez después del golpe, los demócratas cristianos en el exterior se reunieron con dirigentes de la Unidad Popular, y luego en 1976, en el llamado encuentro de Nueva York, en el que, junto a Fuentealba, Claudio Huepe y Eugenio Ortega, recibió a los dirigentes en el exilio del Mapu y la izquierda cristiana.

Viví a su lado muchos de estos encuentros y conversaciones. Ahí estaba el prólogo de lo que sucedería después.

Luego vino su retorno a Chile en 1980 y su elección como presidente de la DC. Los encuentros con el mundo de la izquierda fueron a la vez más difíciles y menos teóricos. La represión contra los partidos y ahora directamente contra la DC era dura. Elegido presidente de su partido recorrió el país y se reunió con todo el que quiso verlo, dirigentes locales y regionales que vivían la clandestinidad de sus partidos prohibidos. Su coraje inspiró a muchos chilenos a sumarse a la lucha democrática.

Así llegó 1983. Un año en el que la movilización social contra el régimen adquirió dimensiones inéditas, la represión y el abuso militar llegó a límites intolerables y se quebró la apariencia de invencibilidad que la dictadura y quienes le apoyaban sentían tener. Fue en ese marco y en medio del ruido de la calle y el olor de la represión, que se reunió en este lugar un grupo de hombres que dieron el primer paso colectivo a un compromiso que marcaría a Chile más allá del siglo.

Quiero recordarlo hoy día en esa fotografía que le retrata sobre el podio del Parque O'Higgins, con una sonrisa y el brazo levantado saludando al medio millón de personas que ese día exigieron el retorno de la democracia. La fuente que él había abierto en los años oscuros había llegado al río.